





# Susurros de la Muralla

El Retén Literario



MURCIA

2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

«Susurros de la muralla»

© Retén Literario, 2022

© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2022

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

Maquetación: Gloria López Corbalán

[www.editorialtiranobanderas.es](http://www.editorialtiranobanderas.es)  
[editorialtiranobanderas@gmail.com](mailto:editorialtiranobanderas@gmail.com)

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978-84-124843-5-9  
Depósito legal: MU 543-2022

Printed in Spain - Impreso en España

# ÍNDICE

Prólogo .....	7
Una muralla de historias .....	11
<i>Victoriano García Guillén</i>	
Ibrahím, el cuentacuentos .....	21
<i>José Miguel García Avilés</i>	
El destino de una heroína .....	27
<i>Irel Faustina Bermejo</i>	
Zaida, la huérfana .....	37
<i>Conchi Andrés Ortega</i>	
La leyenda de la muralla .....	53
<i>Meri Martínez</i>	
El exilio de Al-Ricotí .....	63
<i>Irel Faustina Bermejo</i>	
Olor a hierbabuena .....	71
<i>Anto Gambín</i>	
La octava arista .....	73
<i>José Gómez Larrosa</i>	
Las otras murallas .....	119
<i>Anto Gambín</i>	
La memoria del papel .....	123
<i>María de la O Guillén Sánchez</i>	

El túnel .....	147
<i>Irel Faustina Bermejo</i>	
El pasadizo .....	155
<i>Pilar García López</i>	
La muralla de Hins Mulina .....	163
<i>Jose Moreno</i>	
Mujeres doblemente olvidadas .....	171
<i>Jose Moreno</i>	
Mi destino .....	177
<i>Adelaida Romero Rodríguez</i>	

Literatura y Patrimonio.  
Dos «cosas» que se llevan bien

Se me ofrece la oportunidad de escribir este prologo para la colección de relatos SUSURROS DE LA MURALLA de la Asociación el Retén Literario. Algunos y algunas de sus miembros son amigos y conocidos cosa que me llena de satisfacción y de responsabilidad.

El tema que hace de hilo conductor de los relatos también se encuentra muy ligado a mi persona. Parte de mi vida laboral y personal la he dedicado a la muralla andalusí de Molina de Segura y su estudio así como al patrimonio Histórico y Cultural de este territorio tan lleno de historia y de historias.

Aun recuerdo cuando de niño y en mis primeros años de instituto ley los textos de Manuel Arnaldos, primer cronista de la villa y de Antonio de los Reyes, cronista actual.

Hablaban de una muralla en el barrio del Castillo. Más tarde en mis primeros años universitarios pude participar en la primera excavación que con métodos científicos se realizó en Molina en un tramo de muralla de la calle pensionista. Poco después dirigimos la excavación de la muralla de la plaza de la Iglesia, del Horno del Concejo, de los Postigos y junto a Juan Antonio Ramírez de la alcazaba en la casa de la

Maita y de la muralla norte en lo que hoy es el magnífico museo del MUDEM (Museo del Enclave de la Muralla).

Hoy cuando tengo en mis manos este libro de relatos siento una satisfacción y emoción sincera. Después de intentar durante tantos años hablar de muralla y patrimonio para contribuir a su conocimiento, que un grupo de escritores dediquen sus trabajos en forma de relatos a poner personajes y situaciones a esta muralla es para mi y para Molina de Segura una gran noticia.

Once autores que recrean historias ocurridas en lejanos tiempos. Unos tiempos que fueron el origen de lo que somos marcándonos de manera esencial. Somos porque fuimos lo que fuimos. Quiero nombrarlos para hacer evidente mi reconocimiento. Por orden de aparición: Victoriano, José Miguel García Avilés, Irel Faustina Bermejo, Conchi Andrés Ortega, Meri Martínez, Anto Gambín, José Gómez Larrosa, María de la O Guillén Sánchez, Pilar García López, Jose Moreno y Adelaida Romero Rodríguez.

Las historias que se cuentan en este volumen tienen como hilo conductor la muralla, la vieja muralla de Molina de la que tenemos la primera noticia en el siglo IX de nuestra era cuando el historiador cordobés Ibn Hayyān, la nombra como una de las fortalezas del rebelde *Daysam ibn Ishāq* que se había sublevado contra el emir de Córdoba Abd Alladh.

Las historias que se cuentan podrían haber sucedido en Molina, en Mulinat-as-Sikka, el lugar por donde pasaba la calzada romana que venía de Cartagena y que iba hasta Alcalá de



Henares. Viejas historias y personajes diversos modelados por los autores de este libro que hoy tenemos en nuestras manos.

Hay muchas maneras de proteger el patrimonio. También se protege así escribiendo sobre el, devolviéndolo a la vida a través de variados personajes y situaciones que lo dotan de un valor renovado.

El escenario de las historias, Molina de Segura y sus murallas, tenía una importancia estratégica de primer orden. El castillo o alcazaba de Molina, situado en lo más alto del cerro del castillo, actual barrio del castillo, dominaba toda la vega media del río Blanco, nombre que nuestros antepasados andalusíes daban al río Segura. El castillo y las murallas de Molina, servían como refugio en momentos de peligro, a la población que cultivaba la tierra en las alquerías que existirían fuera de las murallas.

Era también el enclave amurallado de Molina de Segura llave o cerrojo para la toma o la defensa de Murciya (Murcia) así como sitio clave para el control de paso hacia el noroeste. Frente a Molina desemboca el río Mula. Cualquier circulación hacia Alguazas, Mula, Bullas, Cehegín y Caravaca se controlaba desde nuestro castillo. Esta era la importancia de nuestro castillo y nuestras murallas, de nuestro patrimonio. Un gran escenario para los personajes de este libro

Sirvan estas breves palabras para agradecer a los autores su contribución al conocimiento y protección de nuestro patrimonio e historia. La historia y el patrimonio, para un pueblo, supone encontrarnos con la raíz. En un árbol la raíz es

fundamental, por ella se alimenta y se sostiene. Las raíces de un pueblo son su sostén y su alimento, su cohesión y su identidad.

Enhorabuena a los autores por esta contribución a la literatura en una ciudad como la nuestra que cuenta entre sus vecinos con tantas vocaciones literarias y de calidad.

Os invito a leer este libro. La muralla susurra...

2 de junio de 2022. Molina de Segura

Felipe González Caballero  
Arqueólogo e historiador  
Museo MUDEM  
(Museo del Enclave de la Muralla)

# Una muralla de historias

Victoriano García Guillén

**M**i historia es tan antigua como estos muros. Mis raíces tan profundas como la memoria del río Blanco que, manso o fiero, amamanta o ahoga estas tierras. Vine al mundo de cara y con los ojos abiertos, como hachones de fuego iluminando mi destino. Un manto de rocío fue mi primer vestido aquella noche de primavera.

En esta pequeña alquería, Mulinat, donde no hay lugar para lujos ni escondite para los secretos florecí, huérfana de padres. Si llegué a los veinte años fue gracias al amparo del viejo Maruf el médico, del que aprendí el arte de las hierbas y el poder de las manos, y de Tahira, su última esposa, que tan fértil como desdichada, ya había parido seis hijos que Alá quiso devolver al mundo celeste para su alabanza, antes de criarme a mí. *La brisa fresca que necesité cuando la desventura me asfixiaba, eso fuiste, Nasila*, me decía cada noche al besarme la frente mientras me arropaba.

Dicen que en tiempos de paz, sobre la colina, en el mejor sitio y en la más alta de las casas, vivía el señor de estas tierras. Era el hombre robusto, de cabello retorcido y ojos tan negros

como el pecado. Más amado que temido, tenía tantos hijos como dedos en su mano diestra; esa que no le importaba usar para empuñar el sable de ser necesario. Padre e hijos habían de velar por mantener limpios los campos y establecer el orden de las gentes que, de tan sumisas, no cometieron falta alguna en veinte años.

En la luna de sangre del veintiuno, una ventolera de demencia levantó al señor del camastro de madrugada, entre gritos de desespero, palabras innombrables y jadeos de bestia. Despiertos todos los animales y las almas a una legua de esta alquería, pudieron presenciar como el cielo se llenó de fuego, iluminando hasta los montes más lejanos. *Se está escribiendo la desgracia, Tahira*, dijo Maruf a su mujer que, con ojos de espanto intentaba consolar al bebé que sostenía entre sus brazos. La tormenta de piedra y barro no hizo sino darle la razón.

La tarde anterior, el viejo médico había acudido a aliviar con ungüentos y hojas de parra las dolencias íntimas del señor. Al parecer y, como contaba entre susurros la buena de Tahira, contrajo su mal con una esclava morena llamada Luna, que habitaba con un anciano rapsoda una choza cruzando el río. *Dicen que el primer día que el señor acudió a ella, bailó desnuda sobre él y lo montó como si fuese un caballo. Que gustaba de morder hasta las carnes más turgentes y muchas más cosas que no debía contarte, Nasila*. Me decía antes de taparse la boca con las dos manos y agachar la cabeza. *El pecado y la envidia trajeron la desgracia*. Susurraba con ojos de pánico.

Cuando pasó aquel temporal, y con la luz de un cielo aún empañado en nubes, las gentes fueron apareciendo por las callejuelas de este lugar. La noche había sido larga y penosa. Mientras los artesanos volvían a sus oficios, los pobres, con las tripas apretadas, adecentaban las techumbres de sus chozas. En la plaza de arriba, frente a la gran casa del señor, el silencio de respeto por el amo se rompió con los gritos de unas mujeres que, saliendo del portón principal, lanzaban aullidos de pena mientras se golpeaban las mejillas y descolocaban sus velos. *¡Están muertos! ¡Están muertos!*

Uno tras otro, los cinco hijos del señor yacían inertes en sus cámaras. Las criadas de la casa los habían encontrado en sus camastros, llenos de jugos pestilentes y espumas de muerte. Todos con los ojos abiertos. Todos pálidos. El padre, enmudecido y ausente, vagaba desnudo por el gran corredor, con la mirada absorta. Los pies descalzos y mugrientos. El ánimo secuestrada. Las entrañas feneciendo irremediablemente.

Un grupo de valientes se adentró en la gran casa, y antes de que pasaran el patio, el señor cayó ante los pies de aquellos hombres que, aterrados, se taparon los ojos mientras conjuraban de rodillas oraciones de perdón. Nerviosos, repetían sus rezos al dios del cielo echando mano de los amuletos que ahuyentan las desgracias. El temor por el futuro ya había comenzado.

Lo siguientes cuarenta días, la voz del almuecín llamando a la oración fue sonando cada vez más apagada. Se podía notar que el aire ya no transmitía la agudeza de sus notas ni el vibrato

de su garganta. Como tantas veces me contó Tahira, el día que se cumplió la cuarentena, murió. *Y es que a veces Nasila, la desventura derrumba hasta las torres más altas.*

Las semanas sumieron a la alquería en un caos de muerte y llanto. La escasez trajo el pillaje, y hasta los perros del campo, rabiosos y esqueléticos, se acercaban a las chozas en busca de algo que morder.

Pocos meses después de aquella luna de desgracia, llegó un imán de Mursiya junto a tres o cuatro sabios, a los que no tardaron en acompañar un puñado de soldados y un nuevo señor. Los vecinos, faltos de fe y añorantes de un pastor al que seguir, celebraron su llegada como el sediento al agua. Tras imponer el orden, no tardarían en buscar la forma de reparar el agravio y ahuyentar, a su manera, aquella desdicha.

Me contaba Tahira que a Maruf lo eligieron como uno de los sabios que habían de aconsejar en la toma de decisiones, pero que pronto, muy pronto, advirtió que no sería tarea fácil. Desde la llegada del nuevo imán, no faltaron quienes culparon a la esclava de la choza de embrujar al señor, y hasta hubo quien dijo que por las noches subía al cementerio para danzar y reír sobre su cadáver. Maruf, cauto, creía que aquello eran fábulas más propias del viejo rapsoda que verdades. Por sus manos habían pasado tantos libros que, cualquiera de esas historias le parecían menos elaboradas que muchos de los cuentos que había leído.

*¡Hay que ir a por esa esclava! ¡Ella trajo la desgracia!* Gritaban exaltados el imán, sus sa-

bios y varios aduladores, a lo que el médico, intentando apaciguar, respondió: *¡Todo lo que sucede es porque Dios quiere que suceda! ¿Acaso no es voluntad suya la vida y la muerte?* Contestó poniendo por delante la religión a sus conocimientos científicos. *En tus manos estará, Maruf, que la traigas aquí y demuestres que no es la culpable.* Sentenció el imán.

El viejo médico hizo el camino hasta aquella choza acompañado de dos soldados. Esperanzado, se afanaba en creer que hubiera huido y estuviera ya a varias leguas. Aproximándose, la encontraron lavando trapos en el río. Al llamarla y levantarse, se le cayó el alma a los pies al descubrir que estaba encinta.

*¿Eres tú la esclava que se hace llamar Luna? Sí, soy yo,* contestó. *Por orden del señor de Mulinat has de acompañarnos,* grito uno de los soldados. *No puedo dejar a mi amo solo, es un pobre moribundo,* contestó la joven, pero los dos soldados no tardaron en prenderla. *¡Déjenla, no la aten! ¿No están viendo que esta mujer trae una criatura en su vientre?* Los soldados hicieron caso a Maruf. Acompañaron a la esclava hasta la choza, allí dio un beso en la frente al viejo rapsoda, que tenía los ojos cerrados. *Volveré pronto,* le susurró, aunque éste no pareció inmutarse.

Al llegar a la plaza todos esperaban a aquella mujer morena. Las esposas tapándose las caras con los velos, pero mostrando sus ojos desafiantes. Los hombres con la mirada gacha, algunos con miedo a ser reconocidos. Tahira, dentro de su casa y desde un ventano de la cámara, mira-

ba a la pobre desdichada con una mezcla entre recelo y pena, mientras amamantaba a ese sexto hijo que pronto dejaría de existir. Acechada por aquellas gentes e interrogada por los nuevos mandamases que le imputaban ser la causa de todos los males, la esclava no tardó en entrar en cólera.

*¿Qué quieren de mí ahora, señores? ¿Acaso he venido yo a molestarles? Soy una esclava que nunca se ha metido con nadie. Soy fiel a mi amo y señor, el viejo rapsoda que tantas veces les entretuvo con sus historias. También yo alegré a muchos de los hombres que hoy agachan la cabeza,* dijo soltando una carcajada, para sorpresa y rubor de los presentes. A órdenes del señor, la agarraron dos guardias para llevarla a la mazmorra, en los sótanos de la gran casa, mientras la joven, sujetándose el vientre maldecía a gritos: *¡Habréis de tener miedo de mí hasta en vuestros sueños! ¡No seréis nunca libres pero yo sí! ¡El agua ha de ahogar estas tierras secas, no habrá pan para los hombres ni leche para amantar a los niños de teta!* Repetía ante el pavor de las mujeres, que se tapaban los oídos.

El viejo Maruf hubo de intervenir. Pidió clemencia para la esclava Luna, pero solo pudo conseguir que se retrasara su ajusticiamiento hasta el nacimiento de la criatura. El día posterior al encierro en la mazmorra, pudo visitarla. La joven, en su desespero, solo le encargó que fuera hasta la choza a ver como estaba su amo. Cuando llegó, lo encontró inmóvil, sobre el lecho y con la mirada vacía; sus pupilas eran ya



opacas. *Todos pertenecemos a Alá y a él hemos de retornar*, repitió mientras le cerraba los ojos.

Entretanto, las calamidades siguieron cebándose con las gentes del lugar. El hambre era un mal crónico en Mulinat pero el médico, a escondidas, llevaba chuscos de pan, fruta y algún huevo de sus gallinas a la cautiva.

Primero, el invierno congeló la hierba para después, con el nuevo año, quemar los campos con un calor inconcebible. Aún no había llegado la primavera pero los huertos se habían tornado yermos, de una aridez desesperante. Coincidiendo con la llegada del equinoccio, una nueva tormenta destrozó los cielos, y el río, impertinente, ahogó hasta el último rincón de la huerta. Se había cumplido otra vez la maldición de la esclava, que desde aquel sótano frío, bajo la casa grande de lo más alto, permanecía expectante sin parecer temer el cumplimiento de su sentencia.

Para cuando salió de nuevo el sol, los pechos de varias mujeres crianderas se habían secado y, en las callejuelas, se oía el rumor de los chillidos de los niños hambrientos. Se fueron apagando por días, llegándole también el tiempo al sexto hijo de Maruf y Tahira.

*¡Ha sido esa esclava, Maruf! ¡Se he llevado a nuestro pequeño!* Lloraba desesperada la mujer, mientras el esposo, secándose las lágrimas y con voz calma sentenció: *¡Acaso no se llevó Dios a los cinco anteriores antes de que apareciera esta mujer? Solo Dios puede exigir lo que le pertenece.* Le dijo mientras la abrazaba.

La noche siguiente, tocaron al portón de la casa de Maruf y Tahira. Uno de los guardias avisaba de que la esclava estaba a punto de parir y ninguna de las mujeres, ni siquiera la anciana comadrona, se atrevía a atenderla en el alumbramiento. El matrimonio siguió a aquel joven con paso rápido por la cuesta que lleva a la plaza de arriba y, adentrándose en aquel sótano maloliente, dispusieron lo necesario para recibir una nueva vida. Un calor inusitado y asfixiante en aquella oquedad los sacó hasta el patio, donde un cielo iluminado de astros esperaba la llegada. Luna miró al cielo y tomando de las manos a Tahira le anunció. *Aunque mi piel es oscura tendré una niña blanca como la luna y tú habrás de ser su protectora. De tu pecho no faltará la leche ni albergará mal tu corazón.* Esas palabras y los gritos de parturienta fueron su testamento. Envuelta en un manto de rocío, perfumada de un dulce aroma misterioso y en el suelo de aquel patio, la joven Luna dejó de existir.

Así es como yo, Nasila, brisa fresca, encontré a Maruf y a Tahira. Junto a ellos crecí, sin echar en falta el cariño de un hogar. La tempestad, como la noche, se fue. Y llegaron nuevos tiempos.

La alquería de Mulinat, la fertilidad de sus huertos, y las aguas del río blanco, atrajeron a nuevos habitantes, que hicieron del lugar una ansiada plaza. A la vez que los campos florecían, fui dejando atrás a la niña, alzándome a la par que se levantaba la muralla que los maestros alarifes, inquietos, habían proyectado. Mi querida Tahira, que me amamantó y me transmitió

la mitad de lo que soy, sucumbió a unas fiebres que, poco después se llevarían a la otra mitad de mí. Maruf, el viejo médico, el sabio, aquel que me protegió de los males del cuerpo y del alma, se encontró con Dios la noche más corta del año.

Desde entonces y hasta ahora, cuando solo hace unas horas de la última revuelta, viví mis veinte años en la paz de un hogar que ya no me pertenece. Un nuevo señor, dos imanes, tres viejas corroídas por la envidia. Me acusan de ser la hija de la esclava que trajo los males hace dos décadas; de ser infiel y de practicar artes que no son propias de una mujer. Comentan que tengo el poder de secar las fuentes, y que he traído la plaga de langosta que atesta los huertos. Aún sin juicio, ya estoy condenada.

Escribo mi semblanza en el aire. Le regalo mis últimas palabras al viento que silba tras esta muralla de historias. No tengo el don de la profecía pero intuyo mi final. Aunque mi corazón aún late, ya no pertenezco a este mundo.

